

*De científicos y escritores.
José Ingenieros y la construcción de la figura del intelectual.¹*

Cristina Beatriz Fernández
Departamento de Letras, Facultad de Humanidades, UNMDP
CONICET

*¿qué es [la moral] más que el orden en la vida, impuesto
dulcemente al hombre libre por el gusto que deja el obrar
bien, y por el conocimiento del orden del mundo?*

José Martí ²

Poco antes de morir, en una conversación privada, Rubén Darío recordaba a José Ingenieros con estas palabras:

Es un estilista. A la inversa de lo que pasa con los que se dedican a la literatura científica y que descuidan su decir, él no, pule y labra. Su párrafo es lleno y sonoro, forjado reciamente, claro y preciso. Y cuando se propone con más empeño hacer letras, es un escritor maravilloso. Su elogio a las manos de Eleonora Duse, es una joya. No creo que nunca se haya cantado a unas manos más bien ni mejor (cit. en Bagú 181).

En este párrafo, Darío celebra que alguien sea un científico y buen escritor y eso pone en evidencia que ya no era común encontrar personas que se destacasen simultáneamente en ambas actividades, lo cual se explica si atendemos al proceso de disociación entre las ciencias y las humanidades que se había acelerado en el último tercio del siglo XIX (Snow, Lepenies). En cuanto al texto de Ingenieros al que alude, se trata de “Las manos de Eleonora Duse”, fechado en 1906 e incluido en *Al margen de la ciencia*. Ese libro recoge crónicas del viaje de Ingenieros a Europa en 1905 y 1906, publicadas inicialmente en *La Nación* y en el libro *Italia*. En esa crónica, Ingenieros describe las manos de la artista diciendo que “humanas pupilas no

¹ Este trabajo es una sección de mi tesis doctoral (en proceso) “Las dos culturas: polémicas en torno a ciencia y estética en José Ingenieros”, dirigida por Mónica Scarano (F. Hum., UNMDP) y Alberto de la Torre (FCEyN, UNMDP y CONICET). La elaboración de la tesis contó con el financiamiento de una beca doctoral interna de la *Fundación Antorchas*.

² Carta al director de *La Nación* de Buenos Aires, fechada el 30 de octubre de 1889 y publicada el 22 de noviembre. José Martí, *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, tomo XII, 347.

vieron jamás dos estuches de emoción labrados por más sabio orfebre”. Por ella desfilan también personajes y materiales propios de la estética modernista: “sedas de Esmirna”, “hamadriades”, “faunos”, “cuadros de David”, “ónice”, “marfil”, “Pan”, “Syringa”, “arpa eólica”, “Venus de Milo”. Las expresiones sinestésicas son frecuentes: “La riqueza de sus gestos se esparce en inextinguibles sinfonías de movimientos”. No faltan tampoco referencias a la literatura, la pintura y la escultura, en descripciones que bien podrían considerarse parnasianas. Pero lo notable del caso es que, en la edición de las obras completas de Ingenieros, este texto no fue incluido.

Sabemos que la edición de las obras de Ingenieros fue concretada por Aníbal Ponce, de acuerdo con lo ya preparado por el autor. Y no deja de ser curioso que Ingenieros no haya considerado digna de integrar la antología de sus obras esa crónica que deleitaba a Darío. ¿Qué había pasado en esos veinte años que mediaban entre el viaje a Europa de 1905, cuando había escrito la crónica, y el año de su muerte, que lo sorprendió en plena edición de sus obras completas? La respuesta no es sencilla pero creemos que este episodio es otro jalón del conflicto, en la producción del propio Ingenieros, entre la estética -especialmente modernista- y el afán científico heredado de su formación profesional y de la filosofía positivista. Se nos objetará aquí que justamente hacia el fin de su vida Ingenieros tomaba distancia de la filosofía positivista, defendiendo una nueva filosofía de los “ideales” y bregando por la recuperación de la metafísica, pero no olvidemos que la metafísica cuya recuperación propugnaba era una metafísica sustentada en la experiencia, no la metafísica de corte tradicional o espiritualista. Una metafísica, en suma, similar a la que había defendido Florentino Ameghino.

Relacionada con este conflicto entre la ciencia y la estética en Ingenieros se encuentra la construcción de su imagen como intelectual. En las crónicas que hemos mencionado es muy importante el factor autobiográfico, pero también es significativa la construcción biográfica, en ese y otros escritos de Ingenieros, de personalidades destacadas en el ámbito intelectual.

Muchos de los textos que publica en la *Revista de Filosofía*, suyos o de otros, están estructurados en torno a lo biográfico. En el caso de las crónicas, podemos pensar que el autobiografismo es inevitable, tratándose en definitiva de *relatos de viajes*, pero lo peculiar es que Ingenieros tiende a subsumir la experiencia autobiográfica en su rol profesional e institucional, borrando en lo posible toda marca de subjetivismo emocional. O sea que la autobiografía de la vida se reduce a una autobiografía intelectual, como se evidencia en la crónica “Un cónclave de psicólogos” en la cual describe su actuación en el congreso de Psicología que había motivado el viaje. Otras veces, el autobiografismo es más sutil, como en la crónica dedicada al análisis de la enseñanza universitaria alemana (Ingenieros 1908, 299 ss), pero también aquí vemos la inclusión de un elogio al talento y al trabajo intelectual, dos factores de la *meritocracia* por la que siempre había abogado Ingenieros y dos *valores* sobre los cuales diseñó su propia figura intelectual.

Al usar este término nos encontramos con un problema porque, como efecto de la mencionada partición del campo intelectual tras un proceso en que se conjugaron la autonomización de los distintos saberes heredada de la Ilustración y el proceso educativo de especialización, tanto de las ciencias como de las humanidades –proceso mediatizado, además, por el surgimiento de las ciencias sociales–, desde fines del siglo XIX el trabajo intelectual repartió sus miras en dos orientaciones bien distintas y, si por un lado encontramos al intelectual de tipo científico, por el otro queda, bien diferenciado, el escritor-artista.

Los contemporáneos de Ingenieros, como Roberto Giusti, destacaban en él ciertas prácticas muy propias de esta segunda categoría: una marcada autoexigencia del estilo escriturario y la minuciosidad con que corregía sus manuscritos, sobre todo en la edad madura -lo cual es fácil de asociar con el “pule y labra” a que hacía referencia Darío- (Giusti 127-111; 125-130). La importancia concedida por Ingenieros a cuestiones formales o estilísticas era tal que sus *detractores*, como Coriolano Alberini, la ponían de manifiesto aunque la usaban para atribuir

a su persuasiva retórica y a su habilidad editorial los logros que su “débil (...) cultura científica e insignificante (...) filosófica” no podían otorgarle de por sí. Muy semejante fue la interpretación que hizo Emilio Becher, uno de los fundadores de la revista *Nosotros*, del éxito editorial de los trabajos científicos de Ingenieros, a quien, afirmaba, “... no vacilaría en llamarle un artista... Sus libros son pequeñas novelas de tesis, de factura muy literaria... Ora relate el proceso de las obsesiones o los percances de la disnea, sabe ser un diestro e ingenioso cuentista” (cit. en Giusti, 106). Pero los vínculos de Ingenieros con la literatura no se agotan en cuestiones de estilo: por el contrario, biógrafos y coetáneos concuerdan en que su *modus vivendi* era muy cercano al del escritor profesional, sobre todo por la organización de su actividad en torno a la noción de “proyecto” (Altamirano y Sarlo). No parece desacertado emparentar el programa escriturario de Ingenieros con el surgimiento y la consolidación, por aquel entonces, de lo que podría denominarse un *campo intelectual* en el Río de la Plata –con todas las salvedades del caso, ya que la pretendida autonomía del campo intelectual tal como lo definiera Pierre Bourdieu probablemente nunca se haya dado en Latinoamérica. Incluso la mencionada actividad editorial de Ingenieros, que había nacido de la mano de Lugones, un nombre prestigioso en el campo literario, colabora para avalar esta hipótesis. Por ello, no es de extrañar que Ingenieros le concediera un valor simbólico a la práctica de la literatura que, aunque no se correspondía aún con la suficiente autonomía económica, ostentaba, justamente por ello, el prestigio de su condición *desinteresada*.

Ahora, este *desinterés* y esta suerte de sacerdocio laico o consagración de la vida a una actividad que no garantizaba la supervivencia eran también marcas de la tarea intelectual del científico, tal como la conciben Ingenieros y varios de sus contemporáneos. De entre todas las figuraciones biográficas que leemos en los textos de Ingenieros o en la *Revista de Filosofía*, ninguna alcanza las dimensiones de la de Ameghino.

En efecto, en 1919, José Ingenieros publicó su libro *Las doctrinas de Ameghino*. En este contexto, y a ocho años de la muerte del famoso paleontólogo, se proponía hacer un balance de su producción, ofrecerla en forma sintética al lector y asignar a la labor de Ameghino el justo precio que le cabía en la historia del transformismo. Eso implicaba reubicar sus doctrinas de acuerdo con una nueva jerarquización. Como es sabido, la tesis más resonante de Ameghino había sido aquella que postulaba el origen sudamericano de la especie humana. Apologistas y detractores del paleontólogo habían combatido en torno de esta tesis, tan novedosa desde el punto de vista científico como revolucionaria desde un ángulo político, pues, como bien apunta Horacio Capel, la tesis del origen americano del hombre era una suerte de corolario científico de la independencia política latinoamericana y, en el período de entresiglo XIX – XX, era también una forma de entender la inmigración de millones de europeos hacia estas tierras como un retorno a los orígenes. Aunque más tarde esa tesis se mostraría insostenible, Ingenieros, atento a la presencia de prejuicios nacionalistas que enturbiaban, en su opinión, la tarea científica, procura poner en primer plano la labor paleontológica de Ameghino, relativizando sus más frágiles teorías antropogénicas:

(...) todos sus enemigos callan sobre los méritos del paleontólogo y se ensañan con los errores del antropólogo. Por una ridícula vanidad colectiva, disfrazada de patriotismo, algunos admiran a Ameghino porque intentó poner en territorio argentino la cuna de la humanidad; por amor a la verdad y por respeto a la ciencia, nos parece necesario repetir que fue, ante todo y sobre todo, uno de los tres o cuatro grandes paleontólogos de fines del siglo XIX. (342)

Aun aceptando que las pretensiones de Ingenieros son, fundamentalmente, las de hacer justicia con la memoria de Ameghino, podemos preguntarnos si no hay otros móviles en la escritura de este libro “de divulgación”. Y creemos que sí, que el gran motor de éste, como de otros textos de Ingenieros dedicados a exponer el pensamiento de científicos y filósofos contemporáneos es, en última instancia, una suerte de pulsión autobiográfica. Efectivamente,

al hablar de la vida de Ameghino, Ingenieros va contorneando su propia biografía, como un reflejo de la del sabio ilustre. Si pasamos revista a la clase de datos o características que Ingenieros tiene en cuenta para configurar la imagen ejemplar del naturalista, veremos que en gran medida habla de sí mismo.

En primer término, es notable la forma en que inserta su propia actuación en el campo cultural rioplatense, a la sombra de la de Ameghino. En profusas notas al pie o en comentarios insertos en el cuerpo principal del texto, el mismo Ingenieros se ocupa de historiar su función como promotor y editor de la obra de Ameghino. Así, el lector se entera de que *Filogenia* y *La antigüedad del hombre en el Plata*, dos textos claves en la producción de Ameghino, fueron reeditados en *La Cultura Argentina*, la colección que fundaron y dirigían Ingenieros y Severo Vaccaro, en 1915 y 1918, respectivamente. También que la síntesis de la “Antropogenia” de Ameghino, que actualmente puede leerse en su libro *Doctrinas y descubrimientos*, había sido publicada por primera vez en la *Revista de Filosofía* fundada por Ingenieros: Ameghino le había dado sus apuntes en 1910 para publicarlos en los *Anales de la Sociedad de Psicología* que Ingenieros dirigía. Como los *Anales* dejaron de publicarse cuando éste se fue del país durante la presidencia de Roque Sáenz Peña y Ameghino murió poco después, Ingenieros solicitó de Carlos Ameghino la revisión del manuscrito que adquirió, así, forma definitiva. Del mismo modo, el artículo de Ameghino “Noción de Espacio y noción de Dios”, que le había sido solicitado por una biblioteca de Chivilcoy que después no se animó a publicarlo, fue acogido en la misma *Revista de Filosofía* en 1917, mediando la revisión de Alfredo Torcelli, el compilador de las obras completas de Ameghino. Y también en esa revista, en 1918, se dio a conocer uno de los últimos textos de Ameghino que lidiaba con el problema de la inmortalidad: *Origen y persistencia de la vida*.

En suma, podría afirmarse que Ingenieros se muestra como un mecenas y conservador del legado de Ameghino, en vida del sabio y tras su muerte. Pero Ingenieros no se limita a

consignar su función de amparo intelectual de la obra de Ameghino, sino que también destaca el rol de Julio Argentino Roca y Joaquín V. González en el reconocimiento institucional del naturalista. Acerca de esto, nos dice que siendo presidente el primero y su ministro de Instrucción Pública el segundo, Ameghino fue nombrado para ocupar el cargo de director del Museo Nacional, un lugar hacia el que durante mucho tiempo le habían cerrado el paso Burmeister y sus discípulos. Ante esta información no cabe olvidar que Roca fue también una especie de protector de Ingenieros, a cuya sombra este último realizó su primer viaje a Europa, y que Joaquín V. González, en 1906, había creado un Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional por sugerencia del mismo Ingenieros, al que había nombrado director.

Además de esta información que permite reconstruir las redes intelectuales que vinculaban al médico-filósofo y al naturalista-filósofo, observamos que en la caracterización que hace el primero de la conducta, hábitos y lineamientos morales del segundo, hay una defensa de los valores que siempre enarboló como ejes de su propia moral. Así, Ameghino se convierte en el exponente más acabado de esa vida ejemplar que predicaba el Ingenieros más idealista:

Grandes ejemplos morales necesita la juventud; el más educador es la vida de un sabio ilustre, consagrada entera a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe en sus ideales: ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso. (229)

Nadie consagró más completamente su vida a un ideal, buscando acercarse a la verdad por los caminos de la ciencia; nadie con más derecho que él habría podido usar el lema que inmortalizó el ginebrino: *Vitam impendere vero*. (231)

Por otro lado, se daba aquí el caso de un sabio precoz, la asociación del talento con la juventud, conjunción feliz que los contemporáneos de Ingenieros destacaban en él y que éste celebra en Ameghino. En la misma línea, Ingenieros elogia en el paleontólogo su “capacidad de trabajo” aunada con su “riqueza imaginativa”, dos *virtudes* que para el médico-escritor

eran condición necesaria de la genialidad. El laicismo de Ingenieros también se ve hermanado con el antidogmatismo de Ameghino, y no desperdicia la ocasión de mencionar que

...El subpreceptor de escuela [Ameghino] tenía temperamento combativo y gustaba de escribir bajo seudónimo en periódicos lugareños sobre tópicos algo inquietantes; famoso es un artículo suyo sobre la Virgen de Luján, tan poco galante para la leñosa imagen que nunca se lo perdonaron los que viven de su culto, ni aún después de fallecido el sabio (...) (232 –3)

Para entender el grado de autobiografismo que se proyecta en esta referencia, bastará recordar que en *La Montaña*, el periódico socialista que Ingenieros había fundado y había editado con Leopoldo Lugones en 1897, se denunciaba que los motivos de las peregrinaciones al “Santuario Nacional” de Luján eran, o bien satisfacer “los apetitos” de “las niñas en celo” y sus novios, “jóvenes sifilíticos o tuberculosos”, o bien “lavar las manchas del cuero de los paquidermos burgueses”.

Pero quizás el punto clave de esta identificación entre Ingenieros y Ameghino, el objeto de su estudio, lo tengamos en sus posiciones filosóficas. De filiación socialista, Ingenieros puede adscribirse sin problemas a esa ideología de izquierdas que había capitalizado el optimismo social característico de la época del romanticismo, momento en que la ciencia y el progreso habían iluminado la fe de los románticos que soñaban con la superación de la humanidad, en lo cual se mostraban herederos de la Ilustración (Picard, 139 – 157). Esto parece explicar por qué considera pertinente anotar, en un texto de divulgación científica como el que nos ocupa, que la posición moral de Ameghino “fue netamente optimista” (354) y que “sin salir de la Naturaleza, imaginó un Dios nacido de la Naturaleza misma: el Hombre perfeccionado de la humanidad futura” (354). Sin embargo, debe salvar un obstáculo: Ameghino habla de Dios. Pero Ingenieros considera que cuando el sabio naturalista menciona a la divinidad se refiere a la Naturaleza, “como todos los filósofos panteístas”, y acto seguido explica la intrínseca relación entre ateísmo y panteísmo. De este modo, explícitamente convierte las

especulaciones filosóficas de Ameghino en antecedentes de sus propios textos *Hacia una moral sin dogmas* y *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía* (349 nota 3).

En síntesis, al reseñar la obra de Ameghino, Ingenieros procura construir un linaje o parentesco cultural –y estamos tentados de decir una *filogenia*–, que enlace las figuras de Ameghino y la suya propia bajo el imperio de una voluntad de trabajo y una ética intelectuales. Lo que es interesante es que esta intelectualidad científica se apropia de características que provienen de los escritores románticos, particularmente en su vertiente del romanticismo social y que habían marcado al escritor moderno desde ese momento que Paul Bénichou caracterizó como el de consagración del escritor, cuando éste se había convertido en sacerdote de un poder espiritual y laico que dignificaba la tarea literaria al asignarle una misión social.

Estos atributos morales del escritor son transferidos al científico y a la pregunta por el vaso comunicante que permite semejante operación podríamos responder que la clave está en la noción de “genio” que vinculaba ambas figuras. Oscar Terán ha señalado cómo, frente al igualitarismo mesocrático que propician las formas de la democracia, el modernismo privilegió la figura del héroe, una personalidad excepcional concebida al modo de Nietzsche, Ibsen, Carlyle y *Los hombres representativos* de Emerson. “Héroes” todos marcados por el atributo de la genialidad –aunque no entendida al modo espiritualista de los románticos sino como producto de determinaciones biológicas–.

Ahora, si los atributos morales del escritor los capitaliza el científico, ¿qué pasa con la literatura y el arte? Ciertamente, es un signo de época la necesidad de *justificar* el quehacer literario. En el caso de los modernistas, se ha señalado que

... se enfrentan a las teorías realistas positivistas que parten de la idea de que el arte debe tener una función práctica y positiva.

Pero hay otra cara del modernismo más borrosa que propugna una concepción moral y útil del arte [...] Martí entendería que el sentido utilitario de la poesía radica en la

necesidad espiritual que de ella tiene el hombre. Las dos posturas, la esteticista y la moral, se atisban también en Baudelaire, Darío, Rodó o Lugones y, por supuesto, en los krausistas. [...] (Serna Arnáiz 137).

Ingenieros había adherido, más allá de sus experiencias juveniles con el simbolismo y el modernismo, a esta visión utilitaria –llamémosla así– de la literatura, como cuando en su libro *Psicopatología en el arte* justificaba las grandes obras de la literatura en estos términos:

Siempre merecerán sitio de honor, como grandes psicólogos, ciertos escritores que tuvieron especial perspicacia para observar y describir caracteres humanos(...) muchos artistas fueron a la vez admirables observadores, de Eurípides a Dante, de Shakespeare a Goethe, de Cervantes a Molière; en sus obras podemos estudiar toda la gama anormal que oscila entre las pasiones y la locura, con la ventaja de estar ciertos rasgos mejor acentuados en la obra de arte que en la realidad misma (*Psicopatología*, 304).

Esta concepción del quehacer literario puede ayudarnos a entender la exclusión, en sus obras completas, de su crónica más claramente modernista como una opción por un estilo de escritura, académica y científicista, que implicaba abandonar la experimentación creativa con el lenguaje. Indudablemente, esta opción por un estilo se vinculaba con su legitimación profesional: para 1925, Ingenieros era un médico continentalmente famoso y a ese rol le correspondía una retórica más científica que literaria, por lo cual podemos decir que, hacia el final de su vida, la pulseada entre un lenguaje técnico y uno literario la había ganado el primero. Era, además, una forma de congelar su propia imagen para la posteridad como eminencia científica –siguiendo modelos como Ameghino– o, en todo caso, como filósofo o practicante de las ciencias sociales, pero no escritor-artista. Una opción que, creemos, hubiera lamentado Darío.

Bibliografía

Agora Philosophica. Revista Marplatense de Filosofía. II, 3 (2001). Edición especial dedicada a Florentino Ameghino.

- Alberini, Coriolano. *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1966.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel, 1997 [1983]: 161-199.
- Ameghino, Florentino. “Mi credo” en *Obras completas y correspondencia científica*. Volumen XV. Edición oficial ordenada por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Alfredo Torcelli. La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1934.
- Bagú, Sergio, *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Bs.As., El Ateneo, 1953 (1936).
- Bénichou, Paul. *The Consecration of the Writer, 1750-1830*. Translated by Mark Jensen. Lincoln / London, University of Nebraska Press, 1999 [1973].
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- Capel, Horacio, “The History of Science and the History of the Scientific Disciplines. Goals and Branching of a Research Program in the History of Geography” [en línea], *GeoCrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*. XIV, 84 (diciembre de 1989), <http://www.ub.es/geocrit/geo84.htm> [consulta efectuada el 7/ 11 / 2002].
- Giusti, Roberto. *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Buenos Aires, Losada, 1965.
- González, Horacio, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*. Bs.As., Colihue, 1999.
- Gramuglio, María Teresa. “Lugones: la coronación imposible” en *Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí a los 100 años de “Nuestra América” y “Versos sencillos”*. La Plata, 12, 13 y 14 de setiembre de 1991. La Plata, Secretaría de Extensión, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 1994: 293-307.
- Ingenieros [sic], José. *Al margen de la ciencia*. Bs. As., Lajouane y Cía., 1908.
- Ingenieros, José, *Las doctrinas de Ameghino en Obras completas*. Tomo VIII. Bs.As., Mar Océano, 1962, 227-354.
- , *La psicopatología en el arte en Obras completas*. Tomo II. Bs.As., Mar Océano, 1962.
- y Leopoldo Lugones (redactores), *La Montaña. Periódico socialista revolucionario*. Edición de Oscar Terán. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996 (1987).

- y Aníbal Ponce (directores). *Revista de Filosofía*. 30 volúmenes. Bs. As., 1915-1929.
- Lepenes, Wolf, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México, FCE, 1994 (1985).
- Orione, Julio y Fernando A. Rocchi, “El darwinismo en la Argentina”, *Todo es historia*. XVIII, 228 (abril de 1986): 8-28.
- Picard, Roger, *El romanticismo social*. México / Bs.As., FCE, s/f.
- Romero, José Luis, *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Bs.As., Actual, 1987 (1965).
- Serna Arnáiz, Mercedes, “El positivismo latinoamericano. Positivismo y modernismo: encuentros y desencuentros”, *Cuadernos Hispanoamericanos*. 529/30 (julio – agosto 1994): 129-137.
- Snow, Charles Pierce. *The Two Cultures*. Introduction by Stefan Collini. Cambridge UP, Cambridge, 1998 (1959).
- Terán, Oscar, “*El payador de Lugones o la mente que mueve las moles*”, *Punto de Vista*, 47 (diciembre 1993): 43-46.